

la moral esenia, el espíritu universal de los estóicos, unido todo á no sé qué suerte de reminiscencias cristianas que brillan como relámpagos entre tantas y tan diferentes y tan dispersas ideas. Algunos grandes pensadores antiguos resistian á esta confusión de todas las ideas, á este caos arrojado en el inmenso seno de un mundo que dormia tranquilo al pié de sus altares. Pero en el espíritu como en la naturaleza hay sus grandes cataclismos y catástrofes. La tierra anduvo como un cometa errante por los espacios infinitos; perdió fuego, calor en su carrera, y se enfrió su corteza; y surgieron los montes; y se precipitaron de la candente atmósfera en torbellinos gigantescos las aguas, que al caer encendieron una tempestad inmensa en lo infinito, exhalando corrosivos gases; y se abrieron abismos donde rodaban los hirvientes océanos; y despues de esta guerra inmensa, universal, de estos dolores intensísimos del planeta, en los amorosos lechos donde el agua y la tierra se mezclaban, formando el humus, el terreno vegetal, surgian las selvas gigantes que despedian de sus hojas el oxígeno y purificaban la tierra para que pudiese desplegar todos los matices de la vida y ser un dia digno templo del espíritu. (Aplausos.) Por caos, por cataclismos, por tempestades semejantes pasa el espíritu humano para allegar sus ideas. Las escuelas gnósticas que semejabán un torbellino de

ideas, eran como el exámen de conciencia que hacia la antigüedad, como el recuerdo de toda su vida antes de entregarse al Cristianismo. Parecia que Dios, inclinándose sobre el caos moral, como el primer dia de la creacion se inclinara sobre el caos material, queria ver pasar ante sus ojos en este instante supremo todas las religiones que habian llenado la conciencia humana, todas las ciudades depositarias de esas religiones; los dioses indios, antiguos progenitores de los dioses griegos, perdidos en las selvas, en los mares; las esfinges tebanas que llevaban escritas en sus frentes las ideas de los primeros tiempos de la tierra; el sol de Persépolis brillando entre nubes de incienso; las divinidades misteriosas de Babilonia que anotaban en su libro de oro la música de las estrellas; los cocodrilos de bronce, las tortugas de granito, las serpientes de los medas; los genios de la luz y de las sombras á cuyas batallas asistian los persas; Corintho, con su diadema de acantho cincelada en mármol por los grandes escultores; Atenas, rodeada del coro de sus poetas que prorrumpian en himnos sin fin; Jerusalem con su santuario, temblando y en el polvo confundida, gran cenobita de la historia; las divinidades sabinas y etruscas, protectoras de los patricios romanos, y los dioses latinos que amparan á los plebeyos; Alejandría alzando al cielo todos los pensamientos que han cruzado por la mente huma-

na; el Panteon, con todos los dioses fugitivos y errantes; el mundo antiguo que se desvanece como el humo de una gran hecatombe ante los altares del Cristianismo. (Entusiastas aplausos.)

No habia remedio, el antiguo mundo se modelaba de suerte que era ya hora de que apareciese la idea cristiana y cayera como un rayo de luz celeste sobre la antigüedad, anhelante de una renovacion religiosa. En los dos siglos anteriores á Cristo la teología judía reanimaba las esperanzas del pueblo en un Mesías. Los esenios y demás sectas no se apartaban del judaismo, mas renovaban el sentido moral. Los judeo-helenos iban á Alejandría y volvian á Jerusalem con nuevas ideas metafísicas. La ciencia realizaba una síntesis superior, en que el Oriente y Grecia se confundian. Sobre las rivalidades de razas y de pueblos se levantaba la idea de la humanidad que Roma instintivamente depositaba en sus legiones, destinadas á abrir en la tierra surcos profundos para esa nueva vida. He nombrado á Roma, he nombrado á Alejandría, y puedo asegurar que no me seria posible continuar sin poner delante de vuestros ojos el paralelo maravilloso de esta edad de la historia, la armonía entre la filosofía y la historia, entre la ciencia y la vida, entre el espíritu y la naturaleza, entre la idea y el hecho se vé clara, manifiesta en estas dos grandes ciudades, la una destinada á condensar el espíritu filosófico de la

antigüedad, destinada la otra á condensar su espíritu político. Jerusalem tenia la unidad de Dios en su santuario; Alejandría la unidad del espíritu en sus academias; Roma la unidad del mundo en su derecho; la una habia sido como el sacerdote, la otra como la sibila, y la otra como el lictor, destinadas las tres á preparar las vias á la gran idea cristiana. Al movimiento metafísico y religioso acompañaba el movimiento jurídico y político, como en demostracion de que la historia no es más que la gran lógica en cuya virtud se desarrollan las ideas. Así Roma traia la unidad humana al mismo tiempo que el Cristianismo traia la unidad religiosa, divina. Roma conquistaba el mundo con su espada, el Cristianismo con su doctrina. Roma daba á la humanidad un solo cuerpo, el Cristianismo un solo espíritu. Roma llamaba á todos los pueblos á un hogar, el Cristianismo á un templo. Roma reunia el espíritu político de los orientales y de los griegos en su síntesis humana, el Cristianismo las dos ideas fundamentales de la vida, Dios y la humanidad en su síntesis divina. Roma traia el nuevo derecho y el Cristianismo predicaba la nueva teología. Roma sellaba el libro de los antiguos Códigos, y el Cristianismo el libro de las antiguas teogonías. Roma, que solo representaba una necesidad de aquel momento, descendia del Capitolio, y el Cristianismo, que representaba la eterna idea de lo infinito, subia al Capitolio con

los coros de sus doctores y de sus mártires: La serpiente del Paraíso, el dios-naturaleza, dejaba sus vestiduras y al trasformarse por última vez, moría. El Dios-espíritu se levantaba como el nuevo sol de la nueva vida; adoremos, señores, la ley providencial que rige toda la vida, toda la historia. (Aplausos.)

Roma, que había preparado la nueva civilización, moría en aras de la misma civilización que preparara. El nuevo licor quebraba la antigua vasija. La nueva brillante luz hacía estallar la vieja lámpara. Roma espiraba. Caida la aristocrática República por no haber acertado á cortar el nudo del problema social; convertido el antiguo derecho en recuerdo que se perdía en la mente de aquellos hombres, ni aptos para la libertad ni aptos para la servidumbre; los emperadores, que heredáran el poder de manos de la aristocracia, corrompían á los ciudadanos para más aparejarlos á la obediencia; aniquilaban á la nobleza, ya sin ejércitos, sin curias, untada de nardos, ceñida de femeniles vestiduras, acostada como ébria en su triclinio; soltaban á los soldados, gente por su naturaleza licenciosa, que discurría á su agrado por calles y plazas, maltratando á los patricios, vociferando palabras mal sonantes en los oídos de las matronas, atreviéndose á la agena hacienda, y oprimiendo á todos, convertidos en bestias por la violencia, en degeneración de aquel valor que les

hiciera en otros tiempos reyes de la tierra; y el único refugio que en aquella sociedad quedaba á las viriles virtudes, necesarias á los ciudadanos de los estados libres, el pueblo, alimentado por el trigo de la Annona, bien hallado con ver vencidos á sus eternos enemigos los patricios, divertidos con naumaquias, circos, teatros, juegos, carreras, no se acordaba de sus antiguos derechos; de suerte que los ciudadanos de la más humanitaria de las ciudades del mundo, reunidos en aquel Foro, cuya tierra sacratísima estaba formada del polvo de los huesos de tantas generaciones heroicas, en aquel Foro donde se levantaban los teatros de Balbo y de Pompeyo, el monholito egipcio de color de rosa, el Panteon en cuyos chapiteles de bruñido acero reberveraba el sol de cien combates, el bosque sagrado en que dormían las cenizas de Escipion, el monte Vaticano, la colina del Janículo, sitios todos sagrados por donde erraban las sombras de los antiguos héroes, de los conquistadores del mundo; reunidos, decía, en aquel Foro, cuyo recuerdo debiera ser parte á avergonzarlos y confundirlos, eran turba de cortesanos, manada de eunucos; que cuando falta la libertad, este principio sacratísimo que no en vano entusiasma nuestros corazones y enardece nuestra sangre, cuando falta la libertad, los pueblos mueren en la corrupción y el envilecimiento; y por eso todas las generaciones capaces de elevarse á la idea de justicia, todas las

generaciones predilectas de Dios, han preferido siempre la libertad de su espíritu á la triste vida de la deshonrosa esclavitud. (Redoblados aplausos.)

Así, señores, aquella Roma, falta de libertad, se entregaba á emperadores que eran como los gusanos nacidos de la podredumbre. Neron fué sacrificado porque la Ciudad Eterna se cansaba de tantos y tan vivos placeres. Galba, viejo, avaro, proclamado en los campamentos, intentó una reaccion aristocrática, y fué á morir en el cieno del Tíber. Othon, personificación del epicureismo, que no supo vivir, murió con gloria, como si imagen de su sociedad, solo quisiera la muerte. Vitelio, que era el desenfreno de todos los vicios, y entre todos el de la gula, fué exaltado al trono en una taberna, recluido en un comedor ó triclinio, muerto entre su cocinero y su carnicero, no sin que se vengara de Roma, diciéndole: «y yo he sido tu amo.» (Risas y aplausos.) Vespasiano, aclamado por las legiones de Oriente, recibido en palmas por los sacerdotes egipcios, enemigo irreconciliable de la aristocracia romana, era la sombra del gnosticismo en aquel trono, que dejó á Tito, joven virtuoso, pero triste, como si supiera que su virtud era su desgracia, pues murió por asechanzas de su hermano Domiciano, último César que representa esta fase del Imperio, y que todo lo corrompió, el ejército con grandes complacencias serviles, la aristocracia con grandes humillacio-

nes, el pueblo con grandes orgías, el mundo entero con su gran poder; que no se entrega el mundo á la autoridad de un solo hombre, al silencio del pensamiento, al ocio de la voluntad, á la pérdida del derecho, sin hundirse en el vicio, amargo fruto de la servidumbre. (Entusiastas aplausos.)

Miremos un momento el estado del mundo conocido en este tiempo de los romanos. Al Occidente, en la tierra donde el sol se pone, habitan los iberos y los celtíberos, gente guerrera que luchó tres siglos con Roma y que cayera, más que á los filos de las espadas romanas, al incontrastable peso del destino; más al Norte, los galos, ferocísimos, indómitos, adoradores de las generaciones que fueron, cuyas voces creían oír en los ruidos de las selvas, cuyas almas creían ver en las ráfagas del viento; invencibles en el ataque, débiles en la resistencia, caídos bajo el poder romano despues de ocho sangrientos combates; en los desfiladeros de los Alpes, las avanzadas de los pueblos bárbaros, que veían desde las blancas crestas de sus montañas, á un lado los bosques y las llanuras del Norte, á otro, convidándolos con su hermosura á la depredacion, Italia y sus riberas; y así cuando los horizontes se oscurecían y se encrespaban las olas, descendían á merodear por los campos, á piratear por los mares: al Oriente de Italia, Grecia, agotada como el paganismo,

exhausta como la conciencia del antiguo mundo, sin un hombre libre en el Epiro, sin un dios en el Eta, sin una flor en la Arcadia, sin una escuela en Atenas, sin un oráculo en Delfos, sin un sacerdote bajo las sagradas encinas de Dodona, sin un Fidias que animára sus mármoles, sin un Homero que llenára de cánticos sus aires, teniendo solo floreciente á Corinto que se alzaba entre sus dos mares como una de esas columnas que se mantienen milagrosamente enhiestas en las ruinas de los antiguos templos (Aplausos): entre Grecia é Italia, Sicilia, también desolada porque las guerras púnicas despoblaron las costas que miraban al África, las guerras romanas las costas que miraban á Europa, las guerras serviles el centro de la isla: en los mares de Oriente, Creta, anillo imperial entre Asia y Grecia; tierra sagrada donde los antiguos dioses dejaron la tosca larva oriental y se vistieron las humanas formas para subir vencedores al Olimpo; tierra de los misterios despoblada y solitaria como todas las regiones que han cumplido su destino histórico y no representan ninguna esperanza, ningún progreso en el mundo: entre el Ponto Euxino y el mar de Chipre, el Asia Menor dividida por el Haliso, en cuya ribera oriental habitaban razas indo-europeas, los pueblos músicos de la antigüedad, los que dieron el caramillo á Pan, la cítara á Apolo, su delirante cántico de amor á Safo; cántico que no pudieron

apagar las amargas aguas de Leucades: entre el mar de Chipre y el Eufrates el Imperio sío, gran semillero de razas: en el interior de Asia, el solitario entre los pueblos, el judío, llorando sobre las ruinas de su templo, sobre la dispersion de sus hijos, abandonado de su Dios que la palabra de unos pobres pescadores le habia robado del fondo del santuario, herido por el rayo: al Norte de África el pueblo egipcio, petrificado como sus mómias, cuya reina Cleopatra acababa de encerrar en su sarcófago la última sombra de las teogonías del Oriente: á lo largo de aquellas tierras africanas, Menfis, que era un sepulcro, Alejandría, Babel del pensamiento humano, Cirene, lecho de los epicúreos, Utica, donde murió el último romano, Cartago, restaurada por el genio cosmopolita de César; pueblos todos los que hemos enumerado que como provincias, como colonias, como confederados ó como inmunes sufrían el yugo de Roma, la gran ciudad, tendida á las orillas de su rio, en vasta llanura, trono del mundo, que creía tener eternamente preso en sus cadenas, pues tocaba con sus legiones en los límites conocidos, en el Nilo, en el Eufrates, en el Danubio, en el Rhin, en el mar Océano; aunque tras el Nilo se ocultaba el árabe, nómada, errante, alimentado con los dátiles de sus palmeras y la leche de sus camellas; traidor como sus tigres, sediento de sangre, rugiendo de hambre en la inmensidad de sus desiertos; y entre

las ondas oceánicas el britano, mal domado por César, que empapaba en sangre humana el solitario altar de sus dioses antropófagos, invocando el nombre de sus mayores que se quejaba en el viento de las selvas y brillaba en los fuegos fátuos de los campos de batalla á una sangrienta venganza; tras el Rhin el germano que habia aplastado á Varo, sin más patria ni más hogar que su carro de guerra, avezado á continuas batallas, tocando con su lanza en su escudo de acero para demandar á sus héroes que le condujeran á la guerra, á la matanza; tras el Danubio los godos, adorando un hierro clavado en el suelo, errantes siempre y siempre en batalla, como si tuvieran el genio de la destruccion en su seno, maldiciendo su tierra ingrata, sus desoladas estepas, y ansiosos de grandes presas como el lobo que vaga hambriento sobre mares de hielo; y tras el Eufrates y el Tigris, en una extension que creia el mundo antiguo soledad inexplorable, los escitas, los tártaros, que oian una voz que los llamaba hácia Occidente, que se agitaban sin saber dónde iban, deformes, pequeños, casi negros, con los ojos hundidos, la nariz aplastada, los labios salientes, vestidos de pieles de rata, ornados con las cabezas de sus enemigos que pendian de sus espaldas, llevando entre sus piernas y el lomo de sus caballos la sangrienta racion de carne cruda, despidiendo en vez de flechas huesos humanos,

educados para la muerte, en términos que al nacer, antes que el beso de sus madres sentian el acero que les rasgaba las megillas para que se acostumbraran á las heridas y á la sangre, y todos aquellos bárbaros desde el Eufrates, el Rhin, el Danubio, ahullaban olfateando la muerte de Roma; y anhelantes de repartirse los despojos de la Ciudad Eterna, se movian como los chacales en torno de un sepulcro. (Estrepitosos y nutridos aplausos.)

Señores, he tratado de pintaros el estado de las ideas y el estado de los pueblos, la conciencia y el mundo. Aun veremos nuevos y deslumbradores aspectos de estas ideas; veremos la teogonia oriental espirar sin haber podido resolver el problema de la coexistencia del bien y del mal, porque nada sabia del límite que tienen todas las cosas, nada de la libertad del hombre, nada de la inmortalidad del alma; veremos el paganismo griego morir á manos de los mismos pueblos á quienes diera vida y espíritu; veremos la naturaleza perder la magia y el encanto con que la tiñeran los antiguos poetas, y el fauna callar en la selva, y la nereida en el arroyo y la eterna esfinge en las ondas del mar; veremos el Cristianismo perseguido, con sus huestes formadas de gente plebeya, encerrarse en las entrañas de las Catacumbas y desarmado vencer á sus perseguidores; veremos la idea de Cristo sentida en el corazon de los Apósto-

les, enrojecida en la fantasía de los apologistas, explicada por la razón de los padres, hollar los escollos que la hubieran perdido, el gnosticismo que la hubiera convertido en una religión oriental, ante-humanitaria, y el arrianismo que la hubiera convertido en una secta filosófica, anti-religiosa; veremos las antiguas sectas religiosas fundir todos los dioses sin hallar un solo Dios, las escuelas filosóficas fundir todos los sistemas sin encontrar un solo espíritu, Roma fundir todos los pueblos sin hallar humanidad; veremos los emperadores encenagarse como hombres en todos los vicios al mismo tiempo que se alzaban como jurisconsultos á todos los principios del derecho; la administración desolar las más apartadas regiones, convirtiendo la curia en una ergástula y los decuriones en esclavos; el mundo antiguo herido, desesperado, llamando á la muerte con voz desfallecida, tomada del vino y del humo de las orgías; los bárbaros responder á este llamamiento inundando de sangre el Imperio; los sacerdotes paganos arrojando desde la roca Tarpeya en este último día del antiguo mundo el tirso de oro y la corona de laurel, símbolo del sensualismo religioso, al mismo tiempo que la Cruz se alzaba sobre el Capitolio como la señal de la exaltación del sacrificio y del amor, del triunfo del espíritu; y al pié de la Cruz caer uno tras otro el sicambo, el ostrogodo, el visigodo, rindiendo la cerviz á la Iglesia, única

luz que se ve en aquella tenebrosa noche, lazo de unión entre dos mundos, entre dos edades, lazo que prueba que la cadena del progreso no se rompe, que Dios no abandona á la humanidad ni en las épocas más tristes y más angustiosas de la historia (Aplausos).

Señores, la historia que en otro tiempo era un arte, sin más objeto que narrar los hechos, hoy es una ciencia, una filosofía en que los hechos vienen á ser la forma de las ideas; y el encadenamiento de los hechos una lógica viva y real, un sistema de leyes incontestables. El que ejerce el ministerio sublime de historiador, ministerio que tiene algo de santo, de divino, pues juzga el secreto impenetrable de los sepulcros, el alma de las generaciones pasadas, se ve obligado á congregar las generaciones presentes, y con toda la superioridad de un juez enseñarles los grandes castigos, los grandes escarmientos que guardan siempre á los poderes que violan la justicia, á los pueblos que desconocen sus derechos; enseñanza provechosísima que sobre todos los tiempos entrañan estos primeros cinco siglos del Cristianismo, en que el Imperio romano y su decadencia enseña á las naciones todos los horrores que caen sobre ellas cuando se entregan á la voluntad de un solo hombre (Aplausos); y la muerte de la aristocracia romana enseña á los soberbios que el privilegio se clava como un puñal en el corazón de los privilegiados;

y el predominio de los pretorianos enseña á los fuertes que en toda sociedad cuando manda el ejército, destinado siempre á obedecer, viene la guerra social, y tras la guerra social la dictadura, la organizacion del despotismo, y tras el despotismo el envilecimiento, la muerte (Ruidosos aplausos); y la corrupcion de las muchedumbres romanas, tan felices, tan bien alimentadas y sostenidas, tan agasajadas por el poder, tan ociosas, enseña á los pueblos que su redencion social está en el trabajo, que no les basta tener asegurado por la sociedad el pan de cada dia, sino la libertad, que es el orden supremo, el derecho, la ley eterna de nuestra naturaleza (Aplausos); y la aparicion del Cristianismo en el instante supremo en que se desplomaba el mundo antiguo, enseña á los desesperados, á los que creen que suena ya en las nubes la trompeta, nuncio del último juicio, que se cumple siempre la ley divina del progreso; y las hogueras de cuyas horribles llamas salen vencedoras las nuevas ideas, enseñarán á tantos como hoy anteponen sus goces de un dia á la eterna satisfaccion de la conciencia, que la duda y el descreimiento, si han tenido apóstoles, no han tenido mártires (Aplausos), y que la fé en los grandes principios religiosos, científicos y sociales ha sido siempre la redentora de la humanidad, y ha dejado de sí eternos resplandores en la sucesion de los siglos. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Señores, todos los dias oireis clamar por secretarios, que me abstendré cuidadosamente de nombrar, contra mis ideas; todos los dias oireis que me condenan con el dictado de irreligioso. Nada menos cierto en verdad. Yo creo firmemente que la religion no solo abraza el sentimiento y la fantasía, sino todo el espíritu y todo el sér. Creo que la nota religiosa no faltará nunca en la armonía de la vida, porque es necesaria en el espíritu. La religion descansa principalmente sobre la creencia en un sér eterno, infinito, que abraza en sí todas las cosas y da unidad al universo. Además supone la relacion íntima entre Dios y el hombre, relacion por la cual desciende el espíritu divino hasta nuestro espíritu, y sube nuestro espíritu hasta el espíritu divino. ¿Y creéis, señores, podeis creer que yo, tan deseoso que el espíritu del hombre viva y brille, intente quitarle desatentadamente la creencia más pura de su vida, el resplandor más intenso de su luz? La religion, la comunión perpétua del hombre con Dios, es la vida de mi vida, el alma de mi alma. Quiero al pueblo con todo mi corazón, y por lo mismo que le quiero, no puedo creer que sea huérfano. Siempre me acuerdo del terrible sueño de uno de los primeros poetas de nuestro siglo. Durmióse el poeta y soñó que se hallaba en un cementerio. La campana daba las doce de la noche, y abriáanse las tumbas y erraban las sombras en los aires, y



solamente los niños permanecían dormidos en sus pequeños sarcófagos. Las férreas puertas de la iglesia del cementerio se abrían y cerraban como si las moviese invisible mano, y el aire, pesado como el aliento de una gran tempestad, repetía por do quier desgarradores gemidos. En las bóvedas estaba el cuadrante de la eternidad, sin números, sin aguja, sin más que una mano negra que rodaba, y en vano los muertos se esforzaban por leer con sus ojos vacíos el curso del tiempo. Sobre el tabernáculo estaba Cristo, resplandeciente de santa hermosura, pero más triste aún que en el terrible día del Calvario. Los muertos, las sombras se agolpaban confusamente en torno de Cristo, y le preguntaban temblando: «¿Hay Dios?» «No,» respondió Cristo. Y los muertos se estremecieron y temblaron de espanto. «He subido, añadió el Salvador, á los cielos, y están vacíos; he bajado á los profundos abismos y solo he oído la gota de lluvia que caía como una eterna lágrima, y la tempestad que sonaba como un eterno lamento. En las profundidades de la tierra no hay más que tinieblas; en las alturas del cielo no hay más que la nada reposando sobre la eternidad, la eternidad sobre el caos; la órbita negra de un ojo inmenso, pero vacío. No hay Dios. Mi sacrificio en el Gólgota ha sido inútil. No hay Dios. Todo se ha concluido, todo está consumado.» Al oír estas palabras, las sombras se hundie-

ron, y al ruido de las losas que caían sobre sus tumbas, se despertaron los niños, y como un coro de ángeles rodearon á Jesús y le dijeron: «Jesús, Jesús. ¿No tenemos padre?» «No, no, vosotros y yo todos somos huérfanos.» A estas palabras los ángeles se precipitaron en los abismos, el templo se arruinó, el universo entero se convirtió en un sepulcro; que sin Dios no pueden existir ni los cielos, ni la tierra, ni los ángeles ni los hombres, ni el espíritu, ni la naturaleza. Sí, hay Dios, hay Dios. Yo lo descubro en los resplandores del universo, yo lo siento en los latidos de mi corazón, yo lo veo en el santuario de mi pensamiento, y le reconozco juez inapelable en el tribunal de mi conciencia. Yo por lo mismo diré siempre al pueblo: Trabaja por la justicia, que no eres huérfano. Trabaja por la libertad, por la igualdad, por borrar de la frente de tus hijos las sombras de la antigua servidumbre, por levantar más hermoso este planeta en los espacios infinitos, que no eres huérfano.

La Providencia te señala ya la tierra prometida; tus enemigos, los soberbios tiranos, se ahogan entre las ondas amarguísimas de la cólera divina; tus hijos, redimidos por tu trabajo, llegan á la ciudad santa de la justicia y bendicen á sus padres que los han salvado, á sus padres que los han redimido, y no reconocen ni más dueño ni señor que nuestro Padre celestial, porque merced

á vuestro sacrificio se habrán cumplido las promesas de libertad guardadas en las páginas del Evangelio.

He dicho. (Ruidosos, repetidos y prolongados aplausos.)

## LOS ESTÓICOS,

LOS PADRES APOSTÓLICOS, LOS APOLOGISTAS.

---

### LECCION SEGUNDA.

SEÑORES:

Ha sido usual dividir el gran trabajo de la edad que estamos tratando en dos partes, para estudiarlas separadamente. Unos escritores han mirado tan solo el Cristianismo naciente, otros el Imperio moribundo. Si alguna vez los han juntado, ha sido en las grandes conjunciones del Cristianismo con el antiguo mundo. Yo, como creo que nadie puede romper el hilo misterioso del tiempo, y que cada hecho viene en su sazón conveniente, presentaré en estas mis lecciones al par las dos sociedades, la sociedad que muere y la sociedad que nace, convencido como estoy de que la más alta filosofía se encuentra en el seno de la historia. En los dos años anteriores presenté el camino por donde la aristocracia llegó á la muerte y la democracia al Imperio; la descomposición del pen-